Jonathan Cook

Las cámaras de tortura israelíes no son nuevas. Son las que provocaron la violencia del 7 de octubre

Durante muchos años viví muy cerca de la prisión de Megiddo, en el norte de Israel, donde el diario israelí *Haaretz* ha publicado nuevas imágenes de guardias israelíes torturando en masa a palestinos. Pasé por delante de la prisión de Megido en cientos de ocasiones. Con el tiempo, apenas me fijé en los edificios grises y achaparrados, rodeados de torres de vigilancia y alambre de espino.

En el norte de Israel hay varias grandes prisiones como la de Megiddo. Es donde van a parar los palestinos después de haber sido sacados de sus casas, a menudo en plena noche. Israel, y los medios de comunicación occidentales, dicen que estos palestinos han sido «detenidos», como si Israel estuviera aplicando algún tipo de procedimiento legal legítimo sobre sujetos oprimidos —o más bien objetos— de su ocupación. En realidad, estos palestinos han sido secuestrados.

Las prisiones están situadas invariablemente cerca de las principales carreteras de Israel, presumiblemente porque a los israelíes les tranquiliza saber que los palestinos están siendo encerrados en tan gran número. (Como apunte, debo mencionar que el traslado de prisioneros desde territorio ocupado al territorio del ocupante es un crimen de guerra. Pero dejémoslo pasar).

Incluso antes de las redadas masivas de los últimos 11 meses, la Autoridad Palestina calculaba que 800.000 palestinos —el 40% de la población masculina— habían pasado tiempo en una prisión israelí. Muchos nunca habían sido acusados de ningún delito y nunca habían sido juzgados. No es que eso suponga ninguna diferencia: el índice de condenas de palestinos en los tribunales militares israelíes se acerca al 100%. Parece que no existen los palestinos inocentes.

Más bien, el encarcelamiento es una especie de rito de iniciación aterrador que han soportado generaciones de palestinos y que les ha exigido la burocracia que gestiona el sistema de ocupación y apartheid de Israel.

La tortura, incluso de niños, ha sido habitual en estas prisiones desde que comenzó la ocupación hace casi 60 años, como vienen documentando periódicamente grupos israelíes de derechos humanos.

El encarcelamiento y la tortura de palestinos sirven a varios objetivos de Israel. Aplasta el espíritu de los palestinos individual y colectivamente. Traumatiza generación tras generación, creando miedo y desconfianza. Y ayuda a reclutar una gran clase de informadores y colaboradores palestinos que trabajan en secreto con la policía secreta de Israel, el Shin Bet, para frustrar las operaciones de resistencia palestina contra las fuerzas de ocupación ilegales de Israel.

Este tipo de resistencia palestina, debemos señalar, está específicamente permitida en elderecho internacional. En otras palabras, lo que Occidente denuncia como «terrorismo» es enrealidad legal según los principios que Occidente estableció tras la Segunda Guerra Mundial.Paradójico, por decirlo suavemente.

La humillación y el trauma infligidos sistemáticamente a estos cientos de miles de palestinos y a la sociedad palestina en general —y la total despreocupación de la llamada «comunidad internacional» o, lo que es peor, su complicidad— han alimentado inevitablemente el creciente extremismo religioso entre partes de una sociedad palestina que antaño era mayoritariamente laica.

Si las instituciones internacionales creadas por un Occidente que pregona su laicismo al tiempo que hace alarde de sus valores cristianos no ofrecen justicia ni reparación, los palestinos concluyen que tal vez puedan encontrar justicia —o al menos retribución— no a través de «negociaciones» inútiles y amañadas, sino mediante un mayor compromiso con la resistencia violenta llevada a cabo en nombre del Islam.

Esto explica la aparición del grupo Hamás a finales de la década de 1980 y su incesante crecimiento en popularidad. La militancia islámica de Hamás contrastaba con el nacionalismo laico más acomodaticio de Al Fatah, dirigido durante mucho tiempo por Mahmud Abbas. El apoyo a Hamás fue algo que Israel estuvo encantado de cultivar. Entendía que el islamismo desacreditaría la causa palestina a los ojos de los occidentales y vincularía aún más a Occidente con Israel.

Pero el sistema de tortura de Israel —ya fuera en prisiones «normales» como Megiddo o en la gigantesca prisión al aire libre que Israel hizo de Gaza— también provocó una determinación cada vez mayor entre grupos como Hamás de liberarse mediante la violencia. Si no se podía razonar con Israel, si sólo entendía la espada, ése era el lenguaje que los palestinos hablarían con Israel. Esta fue precisamente la razón de ser de las atrocidades del 7 de octubre.

Si te horrorizó el 7 de octubre, pero no te horroriza más lo que Israel lleva más de medio siglo haciendo a los palestinos en sus cárceles, entonces o bien estás en un estado de profunda ignorancia —no es de extrañar dada la falta de cobertura mediática del régimen despótico de Israel sobre los palestinos— o bien estás en una profunda negación.

Si no puedes ver la conexión causal entre los bárbaros abusos de los palestinos generación tras generación y los crímenes cometidos el 7 de octubre, es que no entiendes la naturaleza humana. No eres consciente de cómo actuarías si tú, tu padre y tu abuelo hubierais sido torturados en una prisión israelí, un trauma que se transmite de padres a hijos de forma poco diferente al color del pelo o la complexión.

Las escenas filmadas en Megiddo. Las imágenes de hombres demacrados, rotos por las palizas recibidas en prisión. La desaparición de cientos de médicos en las cámaras de tortura israelíes.El vídeo de un palestino violado por guardias de prisiones israelíes. La constatación por parte de organizaciones israelíes e internacionales de que esto ocurre sistemáticamente. Los horrores nos miran a la cara. Pero demasiados de nosotros miramos hacia otro lado, volviendo al pensamiento mágico de nuestra infancia en el que, cuando nos tapamos los ojos, el mundo desaparece.

Los horrores del sistema penitenciario israelí no son nuevos. Llevan décadas produciéndose. Lo nuevo es que Israel ha intensificado los abusos. Ahora disfruta de atrocidades que antes ocultaba como un oscuro secreto.

Israel está perdido. Está sumido en un agujero negro y genocida. La pregunta es, ¿te vas a dejar absorber por el mismo vacío? ¿Vas a seguir tapándote los ojos? ¿Acaba la tortura sólo porque prefieres no verla?

[Fuente: blog de Rafael Poch de Feliu. Publicado originalmente en jonathancook.substack.com]